

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
Suscripción: España un trimestre . . . 3'00 . . .
Extranjero . . . 4'50 . . .

A los obreros del partido radical

En el editorial del número 155 y con el título «¿Habrán procesión?» fundamentábamos cuanto nos fué posible el criterio de que los trabajadores no debían servir de comparsas en la mascarada que rutinariamente se celebra cada 1.º de Mayo, y como creíamos que las razones expuestas no tenían vuelta de hoja, albergábamos la seguridad—y seguimos albergándola—de que los trabajadores, piensen como piensen en ideas políticas, recordando los atropellos de que han sido víctimas en los dos últimos años, se negarán a secundar los llamamientos que se les hagan para la reglamentaria procesión.

Pero los partidos políticos, a cuyos jefes nada les importan los atropellos de los obreros, tienen poco reparo en llevar a éstos al ridículo, y bajo el pretexto de querer solemnizar la mal llamada Fiesta del Trabajo, han confeccionado un programa, especie de gran parada militar, de cuya ridiculidad y adulación personal a un hombre enfatuado da prueba la primera parte del itinerario y programa que a continuación copiamos de un periódico republicano:

«1.ª Terminada la merienda, o sea la hora marcada para el desfile, dirigirse ordenadamente y agrupados los socios de cada entidad con sus respectivas banderas y enseñas al domicilio de nuestro ilustre jefe, señor Lerroux, ante el que desfilarán los estandartes y banderas, seguidos de varias bandas que asistirán al acto.

2.ª Desde allí podría organizarse una especie de retreta civil, a cuyo efecto los Centros se encargarán de la construcción de unos farolillos, encendidos, llevados por sus socios, que podría ir en manifestación, para la que se solicitará la oportuna autorización gubernativa, y con el itinerario que previamente se hubiese designado, seguida de las bandas de música, y dirigirse al Gobierno civil, donde una Comisión entregará al representante del Gobierno un mensaje solicitando de los poderes públicos que se declare fiesta nacional la fecha del 1.º de Mayo.

3.ª Terminado éste, dirigirse por el mismo orden a la plaza de Cataluña, donde los coros republicanos, en unión de las bandas de música, podrán dar un concierto escogido de composiciones de Clavé dedicadas al trabajo.»

No puede darse nada más ridículo. Según el primer párrafo, el jefe de un partido republicano radical se hace rendir pleitesía de sus súbditos en la misma forma que los reyes y reyezuelos de los indios orientales, convirtiéndolo en borregada a la masa de su partido.

Por el segundo se va a solicitar de los poderes públicos que la fecha del 1.º de Mayo sea declarada fiesta nacional. Para ello se organizará una mojiganga, en la

El órgano de la tiranía

El antagonismo existente entre el Estado y la sociedad es irreductible. La estructura social resultará imperfecta mientras subsista el Estado, pues siendo instrumento de dominación, representando el principio de autoridad, será eterno obstáculo al buen funcionamiento de la sociedad, y, aunque se transforme de burgués en socialista, no dejará de ser causa de discordias entre los hombres.

Entre el individuo y el Estado el antagonismo es aun mayor, si cabe, que entre la sociedad y el Estado, porque éste es absolutamente incompatible con la libertad, y aquél aspira a la posesión plena de su independencia política y económica, que siempre se verá mermada por el Estado, siendo, por tanto, imprescindible que éste desaparezca para que la libertad sea un hecho y no una ficción.

Enemigo, pues, del Estado ha de ser todo hombre que de verdad quiera la libertad: a suprimir el Estado se han de encaminar los esfuerzos de todos los que sean enemigos de toda clase de manifestaciones autoritarias; porque «todo poder político—escribió Bakounine,—cualquiera que sea la denominación y la forma exterior, está animado de un odio natural, instintivo, contra la libertad. Su práctica cotidiana le conduce forzosamente a la necesidad de restringir, disminuir, abatir lenta o violentamente, según las circunstancias y los tiempos, la espontaneidad de las masas gobernadas, y esta negación de la libertad se extiende siempre y por todas partes tan lejos como las condiciones políticas y sociales del me-

que los interesados derrocharán un puñado de pesetas que estarían mejor empleadas en beneficio de los presos que el partido tiene en la cárcel de Barcelona en el más lamentable abandono.

Hasta ahora habíamos censurado a los socialistas por haber desorientado a los trabajadores sobre la verdadera significación del 1.º de Mayo; pero al censurarlos, jamás pudo pasar por nuestra imaginación que llegase a existir un partido político llamado popular, que pretendiera convertir una fecha que debiera ser única y verdaderamente revolucionaria, en el último día de feria de cualquier capital de provincia.

Celebren la Fiesta del Trabajo los que abusando de la candidez de los trabajadores han obtenido representaciones y prebendas que les han enriquecido. Que al fin y al cabo, aunque el trabajo continúa siendo esclavo del capital, ellos se han emancipado dejando en la estacada a los que prometieron emancipar a la vez. Pero no lleven su desparpajo hasta el extremo de que los mismos engañados les sirvan de bufones en sus orgías.

Por encima de las diferencias que nos separan de los obreros que forman parte del partido radical, está la condición de explotados que debe unírnos en determinados momentos. A esta condición apelamos para que los trabajadores republicanos no den el bochornoso espectáculo que se anuncia. Pase que os hayáis dejado engañar durante muchos años con promesas revolucionarias jamás sentidas por los que las hicieron; pero por respeto a las víctimas de todas las represiones obreras; por consideración a los presos obreros y de vuestro partido, no parodiéis los actos de servilismo de los antiguos persas, porque constantemente os recordaremos estas palabras del compañero Ricardo Mella:

«Unos hombres que rinden las banderas al paso de Lerroux como el ejército rinde las armas al paso del rey o al paso de Dios; unos hombres que entonan himnos al caudillo, que le reverencian y agasajan en todas formas, que casi le adoran por su linda estampa más que por sus ideas, esos hombres no pueden alardear de ideas progresivas o radicales, y miente quien diga que con tales gentes vive el espíritu de rebeldía y que tales hombres enarbolan la roja bandera de la revolución. Esos hombres no son radicales, no son progresivos; son lacayos o peor que lacayos, capaces de sustituir a los nobles brutos que arrastran el coche del señor. Y aquellos que reciben y aceptan tales homenajes y tales servilismos sin protesta, ni quieren la elevación moral del pueblo, ni hacen nada por emanciparle. Le engañan, le explotan, le envilecen.

dio y el espíritu de las poblaciones lo permi-

Con el poder del Estado desaparecería el del capitalismo y el de la Iglesia. Acabar con el Estado sería quitar de raíz toda posibilidad de tiranía y explotación. Sin Estado no habría burocracia, ejércitos, policía, leyes, cárceles ni ninguna de esas instituciones privilegiadas que se alzan sobre la miseria del pueblo.

Sin Estado la sociedad estaría organizada libremente; sus bases serían la justicia y la equidad; los individuos formarían agrupaciones para atender a todas las necesidades individuales y sociales; el bienestar estaría asegurado para todos, puesto que las riquezas sociales serían propiedad común; cada uno procuraría cumplir sus deberes para que sus derechos fueran respetados; como sin producir sería imposible la vida, pues no habría medios de satisfacer las necesidades, al trabajo se acudiría sin que impulsos ajenos a la voluntad obligaran a ello.

Y los resultados de todo eso serían grandiosos. Igualmente los hombres en derechos y deberes; estando a la disposición de todos los medios de satisfacer cumplidamente sus necesidades; no existiendo causas de injusticia y malestar para nadie, ninguno tendría interés en producir perturbaciones en el seno de la sociedad, y ésta, por consiguiente, se desenvolvería armónica, tranquila, pacíficamente.

Mas con el Estado es imposible la paz, la libertad y la justicia. «Allí, donde hay Estado hay privilegio y miseria, dominadores y dominados, códigos y no derechos, cultos dominantes y no religiones, ejércitos y no defensas, escuelas y no educación, extremo

lujo y extrema miseria. Pontífice, rey, presidente, directorio, dictador, tal es siempre el Estado: divide en dos partes la comunidad, y allí donde más divide, allí es donde, con uno u otro nombre, más domina... Orgullosos y altaneros con los súbditos, envidiosos con el vecino, el Estado es la opresión dentro y la guerra al exterior. Con el pretexto de ser el órgano de la seguridad pública, es, por necesidad, despojador y violento; con el pretexto de custodiar la paz entre los ciudadanos y los partidos, es el provocador de guerras vecinas y lejanas; llama bondad a la obediencia, orden al silencio, expansión a la destrucción, civilización a disimulo. Es, como la Iglesia, hijo de la común ignorancia y de la debilidad de los más. A los hombres adúlcos se manifiesta tal cual es: el mayor enemigo del hombre desde el nacimiento a la muerte... Así como las moléculas, por ley de afinidad y de cohesión, se organizan, de igual modo se organizan los hombres, los cuales no necesitan de ningún poder opresor para vivir en sociedad. Precisamente por ser el Estado uno, es más homicida. Dejados los hombres entregados a sí mismos, y cada uno se defenderá y defenderá a los demás, mientras que al presente deben guardarse del Estado... Justificado al Estado como queráis, consagrado, transportando a él el Dios sustraído a la Iglesia; haciéndolo gibelino, burgués, monárquico o republicano, y siempre tendréis que daros cuenta de que tenéis al cuello un tirano contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y la naturaleza.» (Juan Bovio. «Las doctrinas de los partidos políticos en Europa»)

Pero los burgueses y los socialistas se empeñan en que sin Estado sería imposible vivir, en que toda sociedad humana ha de estar necesariamente regida por poderes autoritarios.

Los burgueses quieren el Estado para que defienda sus privilegios; los socialistas pretenden apoderarse de él para convertir la propiedad privada en colectiva.

«El proletariado—declan Marx y Engel en el «Manifiesto comunista»—se servirá de su supremacía política para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado.»

Liebhnecht quiere que dediquemos todos nuestros esfuerzos a reconciliar los antagonismos entre el Estado y la Sociedad. Jaurés asegura que «el Estado satisfará a la naturaleza humana más exigente, y cumplirá su deber social asegurando a todos los ciudadanos, sin excepción ninguna, el derecho pleno a la vida por el trabajo, es decir, el derecho al trabajo y al producto íntegro del trabajo.»

¿Y no sería más práctico que los trabajadores se organizaran para apoderarse revolucionariamente de todos los medios de producción y proclamaran común la propiedad sin necesidad de servirse para nada del Estado y menos de centralizar los instrumentos de trabajo en sus manos pecadoras? ¿No sería más razonable abolir el Estado en vez de perder el tiempo tratando de reconciliarlo con la sociedad? ¿No es más lógico pensar que estaría el derecho de todos mejor asegurado no existiendo ningún poder autoritario—que por el mero hecho de serlo ya constituiría un peligro para el ejercicio de la libertad—que no confiar en que nos lo garantice el Estado, ese utópico Estado que satisfará al más exigente?

«El Estado paternal, el Estado protector de los débiles, tutelar de los derechos, defensor celoso de todas las libertades, no pasa de ser una fábula de niños, fábula desmentida por la experiencia de todos los tiempos en todos los lugares y bajo todas las formas», ha dicho Pedro Gori.

Así, pues, los esfuerzos de los trabajadores tendrán más adecuado empleo combatiendo al Estado que procurando apoderarse de él. No es transformarlo, como pretenden los socialistas autoritarios, lo que debe hacerse, sino destruirlo. No es dentro de la política, como quieren los políticos que se llaman defensores del obrero, sino fuera de ella, donde la acción del proletariado se ha de desenvolver, pues nada bueno se alcanzará jamás por medio de los partidos políticos.

Por consiguiente, lo que deben hacer los obreros, si quieren ir por el camino más directo a la conquista de su libertad y de su independencia económica, es organizarse para la acción revolucionaria, único medio de lucha contra la burguesía verdaderamente eficaz, enviar a paseo a todos los faranduleros de la política, combatir implacablemente a todos los partidarios de la autoridad y no descansar hasta que ese ente monstruoso denominado Estado caiga hecho polvo; pues mientras de él queden vestigios estará restringida la libertad, porque el Estado es el órgano supremo de toda tiranía.

JOSÉ CHUECA

Yo desearía que los ministros estuvieran ellos solos obligados a terminar por las armas las diferencias que han provocado.

GUILLERMO II

La rebelión

Cuando leo la noticia de una nueva violencia de los sufragistas, me acuerdo de que casi todos los grandes ideales de redención han tenido que abrirse paso en la Humanidad con las puntas de los puñales, o con la llama incendiaria, o con el esfuerzo brutal de la dinamita. Es doloroso; pero desgraciadamente así se hace. Y pienso que ese otro ideal, que ha callado tanto tiempo, que ha vagado inconcreto, tímido, acorralado durante tantos siglos, encontró, al fin, el trillado camino por donde han llegado al triunfo otras ansias hermanas, y, naturalmente, humanamente, sigue por él.

Antes que Espartaco sublevase a los esclavos, las mujeres eran ya lote de carne vendible; antes que los villanos arrasasen los castillos, la mujer, enloquecida, se había entregado a Satán, buscando en él el apoyo que no encontraba en ninguna de las gentes que luchaban en nombre de Dios. Michelet cuenta cómo nació la bruja de este dolor insuperable, dolor de siglos, que fué retorciendo y extraviando el alma femenina. Entre todas las iniquidades humanas, la cometida con la mujer es la más antigua y la más duradera; ella tiene la aristocracia de la industria, el abolengo rancio de un abandono primitivo, que existe aún.

Un día advirtió el hombre, en un examen sincero de sus instintos, que la mujer es el eje verdadero de la Humanidad, que desde la primera inquietud sin nombre de nuestra adolescencia hasta el ansia que creemos las sagrada, el ansia de triunfo, el ansia de gloria, a ella se refiere y para ofrecérsela nos debatimos; y cuando ella falta en nuestra vida, muchas palabras que no han hecho estremecer como sones de clarín guerrero, pasan a ser para nosotros algo sin sentido, así como un manto lujoso cubriendo la oquedad de una fosa. «Ella» es siempre; es la fuente de vida, el regazo dulce donde podemos llorar sin rubor, el sagrario ante el que hacemos la ofrenda de nuestras victorias, la mano que queremos para cerrar nuestros ojos... Siempre «Ella»; el principio y el fin, el horror de anhelos que bautizamos con tantos nombres sonoros.

Y, al advertirlo, hemos buscado el presente más espiritual y le hemos consagrado la Poesía. Millares y millares de hombres han rimado para Ella; millares y millares de hombres trabajaron en alzar, para ofrecérselo el palacio armonioso del Madrigal. Después hemos creído que no podía apetecer otra cosa.

Recordad el cuento de la buena reina rumana, el cuento aquel en que una jovenita fué elegida soberana de las hormigas, y las hormigas hicieron en su torno un palacio también alfombrado de hojas de rosas; y llevaban para aplacar su sed las gotitas de agua del rocío y la miel de las abejas para su hambre. Recordad cómo la jovenita murió sobre la alfombra de flores desesperada y triste.

Hemos ahogado en sentimentalidad a la mujer. Nuestra soberbia la aparta rudamente cuando tratamos problemas de vida; hemos decretado neciamente su debilidad y su condición de ser inferior. Ella fué sufriendo y fué esperando resignada; esperó mucho ya, tanto como no sabríamos esperar nosotros. Ahora es una esclavitud que se subleva, son seres humanos que reclaman en la Humanidad el nivel que les corresponde. ¿Es posible aún el chiste huero ante su rebeldía?

Contestad los que sabéis que a vuestra muerte comenzará para vuestras hijas un terrible problema sin solución en esta sociedad acaparada por los hombres, donde no se reserva a la mujer otro papel que el de hembra, donde no podrá tener medios de lucha ni de defensa. Contestad vosotros, los que sabéis de ese mercado triste del matrimonio, en el que la mujer tiembla por no hallar comprador, con la angustia de una visión futura de soledad y de desvalimiento; porque ese es el único refugio de su impuesta debilidad. Contestad los que hayáis visto al marido brutal, al que escarnea, al que maltrata, y hayáis visto a su lado a la infeliz encadenada junto a su dolo, porque más allá de él, fuera de los umbrales del hogar abrecristado, está el hambre y está el hoco gesto de las costumbres que imponen la agonía silenciosa, la agonía ultrajada y lenta, sin posibilidad de redención.

Según esas costumbres, la mujer es el último ser hasta en la vida fundamental del hogar. Contra ella se alzarán millares de prejuicios; a cada paso suyo levantaránse prohibiciones y trabas y exigencias. La ley castigará duramente cualquiera de sus actos que se aparte del estrecho límite designado. Si en el hogar el sufrimiento la acosa y huye, la ley la perseguirá para devolverla al tirano; si hiera, enloquecida, esa misma ley la encarcela; si pide protección para su debilidad oficial, estatuida, esa ley se encoge de hombros. En el único refugio del matrimonio, un momento de error, un carillo mal otorgado, una ofuscación sentimental, pueden costarle una existencia de expiación... La hemos reducido exclusivamente al único destino expresado

en la maldición bíblica: «Parirás hijos con dolor.»

Así es cien veces santa y cien veces justa esa rebelión. Ya que no hemos querido nosotros, lógico es que traten ellas de alcanzar puestos en las esferas de mando, en los sitios donde se forja la ley. Y hoy no puede ya esgrimirse el epigrama contra el feminismo; el epigrama tiene que enmudecer ante el ejemplo de Noruega, de Finlandia, de Australia—el único país acaso en que existe una organización socialista en funcionamiento,—y de esos Estados de Norteamérica donde la mujer ha logrado ya un lugar entre los legisladores, sin que el presumido ridículo quebrantase, con la intervención de aquélla, la severidad de la clásica toga.

¡Oh, el drama silencioso, recogido, vergonzante, de la mujer fea y de la mujer pobre; el drama estremecedor en que son las almas las que sangran y en que los muertos están en pie, como los del poeta de las «Rimas»; el drama que viven esas mujeres en una calle desierta os miran pasar, tras un balcón cerrado, o que, en un crepúsculo, veis entrar encogidas, calladas, en la enervante paz de una iglesia...

Són de madrigal tendría la lima que mordiese las cadenas de la vieja preocupación. Para la princesita del cuento candoroso, el supremo bien, más que los néctares y las flores que le llevaban las hileras silenciosas de hormigas, hubiera sido ver el sol y correr por la selva en un divino disfrute de libertad.

M. FERNANDEZ FLOREZ

(De El Liberal, de Barcelona.)

La guerra

La guerra puede definirse con una sola palabra: violencia. Un lobo hambriento encuentra a un cordero en el bosque; lánzase sobre él, lo mata y se lo come. Esta es la guerra, porque para declararla no es de precisión que la fuerza de los combatientes sea igual. Aun es buena condición ser mucho más fuerte que el adversario.

Otro lobo encuentra al matador del cordero; quiere robarle la presa, gruñe y le muestra los dientes. Esto también es la guerra. Porque no es preciso que los combatientes sean de distinta familia para declarársela, sino que los hermanos se baten unos contra otros, sin piedad.

Llega el hombre a su vez; quiere castigar al lobo que le comió el cordero... y, llegue tarde o temprano, pelea, y con su palo, su hacha o fusil, traba la lucha. No es porque el hombre tenga más razón por lo que mata al lobo; lo hace porque es más fuerte.

Tal es la esencia de la guerra: asegurar el triunfo del más fuerte, no del más justo.

CARLOS RICHTER

La educación sexual de los niños

Quedamos en dar cuando continuáramos nuestro estudio, algunas nociones de historia natural referentes a la reproducción de los animales y las plantas, pero como hay que dar esas lecciones a los niños en cierta forma, creemos será más provechoso que los padres adquieran antes una idea de la táctica que conviene seguir.

Para mejor lograr nuestro objeto, vamos a traducir lo que nos parece más a propósito del primer capítulo de la obra de G. Bossé: *L'initiation sexuelle*.

«Mucho antes de nuestro matrimonio, la educación de los niños fué uno de los temas frecuentes de conversación. Cuando se trata de la educación general pascosa aún; sólo se tiene el embarazo de escoger entre los numerosos tratados publicados sobre esta materia. Pero en cuanto se aborda el lado sexual los documentos se hacen raros; ninguna obra práctica existe. Dispuestos a romper con los errores habituales y a decir a nuestros hijos toda la verdad, explicándola convenientemente según su edad, he nos tenido que reunir nuestros documentos y componer nuestro método antes de pasar a la práctica.

Es el resultado de nuestra propia experiencia el que entregamos a la reflexión de los padres.

Nuestro hijo ha cumplido hoy los tres años. Pablo es un hombrecito, de espíritu despierto, vivo y revoltoso y cuyo lengua se halla, por decirlo así, en movimiento continuo. De los que conocemos es, ciertamente, el niño más preguntón. No hay cosa que no excite su curiosidad y que no la haga objeto de innumerables ¿por qué? pronunciados con ese acento, con esos ojos que todas las madres recuerdan y que descubren tan fuertemente en estos pequeños seres llenos de vida, el afán de sentirlo todo, de conocerlo todo.

Mi mujer, que se apasiona cada vez más en la educación de mi hijo, no desperdicia ninguna ocasión para darle una lección de cosas. Tenemos en este momento una gata y canarios. Hace un momento, como iba a aportar sus cuidados a estos últimos: